

El peso de las huellas

Jorge Ferrer

Cuatro promotores de algunas de las más importantes, y, por lo mismo, perdurables, revistas del exilio cubano responden a un cuestionario en torno a la significación de los afanes editoriales de la diáspora.

Cuarenta años editando revistas, ¿se ha ganado, propiamente, algo? Y, si así lo creyera, ¿de qué índole es ese rédito? ¿Literario, teórico, político?

Juan Abreu [*Mariel; Mariel Magazine*]

No creo que se haya ganado nada. Muy poco. Algunos gestos decentes, sí. Obstinciones que nutren; cierto. Textos que perdurarán, escasos. Pataletas al borde del abismo, siempre con la vista puesta en los poderosos, por si nos perdonan la vida. Las cosas de la cultura interesan cada vez menos y el personal es cada vez más bruto. Así que... ¿réditos?

Rafael Rojas [*Encuentro de la Cultura Cubana*]

En uno de los editoriales de *Horizon*, Cyril Connolly decía que una revista no es más que una ciudad abierta de la literatura: un ágora moderna que se ofrece como espacio de confluencia para la producción cultural —siempre dispersa por instinto— de una sociedad determinada. Si esto es válido para cualquier revista literaria, insertada en la esfera pública de una sociedad abierta, lo es más para las revistas creadas por una comunidad intelectual exiliada, que ha escapado de una dictadura y ha encontrado refugio en una democracia foránea. En el exilio, la ansiedad de representación nacional es mayor.

Una revista no exiliada, lo mismo en condiciones democráticas que autoritarias, como *Orígenes*, *Sur* o *Vuelta*, tiende, por lo general, a movilizar poéticas grupales o generacionales, visiones singulares de la cultura nacional y universal compartidas por un puñado de creadores. Aunque hay excepciones, las revistas del exilio, como las tantas que hicieron los refugiados españoles en México, o las tantas que han hecho los cubanos en Estados Unidos durante las últimas cinco décadas, difícilmente pueden resistir la tentación de aspirar a una expresión integradora o ecuménica del campo nacional desde un afuera político, es decir, desde un destierro.

En los años 60, revistas como *Exilio*, o la brevísima *Revista Cubana*, intentaron eso desde Nueva York. En los 80, una publicación como *Mariel*, a pesar de

su carácter generacional, también se lo propuso, abriendo sus páginas a clásicos de los primeros exilios como Lydia Cabrera, Lino Novás Calvo, Enrique Labrador Ruiz y Carlos Montenegro. En la última década, *Encuentro* ha continuado esa tradición integradora del campo intelectual de la Isla y el exilio, ya que, si bien un importante núcleo de sus fundadores y colaboradores más asiduos —Jesús Díaz, Manuel Díaz Martínez, Eliseo Alberto, Iván de la Nuez...— provenía de la diáspora de los 90, no hay que olvidar que Gastón Baquero, Heberto Padilla, Manuel Moreno Fragnals y Antonio Benítez Rojo intervinieron en los orígenes de la publicación, que escritores y editores como Pío E. Serrano, Felipe Lázaro, Víctor Batista y Annabelle Rodríguez, afincados en España, también participaron en la creación del proyecto y que, desde un inicio, la revista acogió a todas las generaciones y ciudades de la diáspora.

Víctor Batista [*Exilio; escandalar*]

Es difícil saber la importancia que podrán tener unas revistas, sin adecuada caja de resonancia, en un exilio que dura más de 40 años, para la cultura de un país. Una revista literaria suele calibrarse, entre nosotros, según haya podido nuclear o impulsar un movimiento generacional. Y aunque esto, ciertamente, ha ocurrido en el exilio, creo que es más bien a partir de la trayectoria individual de quienes han colaborado en ellas donde se podrá apreciar, en definitiva, su importancia. Pero hay otro tipo de revista, menos «intensiva» y, acaso por lo mismo, más duradera. En ese sentido, pienso en una publicación como *Estudios cubanos/Cuban studies*, que, sin ser estrictamente del exilio, y precisamente por tener apoyo institucional (es editada por la Universidad de Pittsburgh) ha podido dedicarse durante cerca de treinta años al estudio de las ciencias sociales, y cumplir una función muy necesaria en el ámbito precario y disperso del exilio.

Belkis Cuza Malé [*Linden Lane Magazine*]

Sí, se ha ganado todo lo que ha sido posible ganar. Sin esas revistas, el exilio sería un páramo. El mayor logro ha sido en el campo literario. En lo político, también se ha abierto un trillo; pero sólo eso, las izquierdas lo dominan todo, o casi todo, todavía.

Todas las revistas del exilio, ¿meras mónadas en el archipiélago del destierro? ¿Un continuum? ¿Un espacio común?

Juan Abreu

Me gusta lo de mónadas, por su cercanía con monadas... hacemos nuestras monerías, pero no interesan a casi nadie.

Rafael Rojas

La novedad de *Encuentro*, en esa tradición de revistas del exilio es, a mi juicio, que se trata de la única publicación que, desde una identidad exilia-

da y un posicionamiento frente al régimen cubano, abre sus páginas a colaboradores de la Isla. Entre el 1 y el 40, no hay un solo número de *Encuentro* en que no aparezcan no una, sino varias colaboraciones de la Isla. Colaboraciones, por cierto, que no proceden únicamente de activistas de la oposición, sino de intelectuales críticos, o relativamente autónomos, y, en algunos pocos casos, hasta oficiales. Por ejemplo, en *Encuentro* han escrito, desde La Habana, Raúl Rivero, Oscar Espinosa Chepe, Rafael Alcides, Reina María Rodríguez y Antonio José Ponte, quien pertenece al Consejo de Redacción, pero, también, Miguel Barnet, César López, Ambrosio Fornet, Aurelio Alonso y Guillermo Rodríguez Rivera.

Esta apuesta es arriesgada y, con sobradas razones, un sector de la intelectualidad exiliada no la entiende o la rechaza. Sin embargo, creo que quienes defendemos esa política editorial, más que comulgar con una «reconciliación nacional» entendida como idilio, hemos querido oponernos con la mayor eficacia posible al principio totalitario que rige la estrategia cultural del castrismo y que identifica la pertenencia a la cultura cubana con la lealtad al régimen. Aunque ninguno de los textos de esos intelectuales oficiales, aparecidos en la revista, es una apología del castrismo, hemos querido transmitir el mensaje de que también sus autores, con toda la entrega a un Estado represivo e intolerante que los caracteriza, pertenecen a la cultura nacional.

Víctor Batista

¿Mónadas en el «archipiélago del destierro»? Por supuesto que no. Tú mismo te respondes: un archipiélago está compuesto de islas, y ninguna isla (por autocrática que sea) es una mónada. ¿Un espacio común? Por supuesto. Te pongo algunos ejemplos concretos, en lo que respecta a mi experiencia personal: Octavio Armand, director de *escandalar*, Carmelo Mesa-Lago, director de *Estudios cubanos/Cuban studies*, Lourdes Casal, directora de *Areíto*, publicaban en *Exilio*; yo mismo publiqué en *Linden Lane*, *Estudios cubanos/Cuban studies*, *Mariel*.

Belkis Cuza Malé

Cada una de estas revistas ha representado una etapa del exilio y, a ratos, una posición intelectual. El espacio común es el exilio, pero cada una tiene su propio ámbito y perfil.

La producción editorial cubana parece reproducir claramente el esquema de la «nación dividida». ¿Qué función, si alguna, han cumplido las revistas del exilio en la articulación de una literatura y un pensamiento genuinamente nacionales?

Juan Abreu

Una literatura (algo que merezca llamarse así) es el producto de una cumbre espiritual: bolsones de grandeza descubiertos y defendidos a costa de la propia

vida por seres humanos infrecuentes. Causa asombro admitirlo, pero, en Cuba, alcanzamos esas alturas: Martí, Lezama, Piñera, Cabrera, Marrero, Baquero, Arenas. Pero es cosa del pasado. Ahora, el nivel de envilecimiento es tal que para mí es imposible hablar de una literatura cubana. En cuanto a la nación... es un chiste de mal gusto enunciado por payasos muertos de miedo detrás de sus máscaras. Amén de un concepto sombrío. ¿Pensamiento? ¿Nacional? Es como para partirse de risa... o morir de miedo. Por otra parte, ¿qué es «una literatura y un pensamiento genuinamente nacionales»? ¿Es recomendable tenerlos? Suena empobrecedor.

Rafael Rojas

A diez años de su fundación, una revista como *Encuentro*, que aspira a la integración de un campo intelectual escindido territorial y políticamente, tiene que enfrentarse a dos peligros: que el afán de representación equilibrada y plural de la cultura cubana rebaje el perfil polémico o merme la calidad de la publicación y que el actual ciclo integrador de la Isla y el exilio se agote o se sature. La revista tiene capital intelectual suficiente para sortear el primer riesgo, pero no para el segundo, ya que éste no depende de la buena voluntad de colaboradores y editores: depende de la Historia. El director fundador de *Encuentro*, Jesús Díaz, pensaba que el trabajo de desmontaje intelectual del totalitarismo y, al mismo tiempo, de visualización integradora de la cultura nacional, emprendido por la revista, llegaría a su plenitud junto con el tránsito a la democracia en la Isla. Pero, como hemos visto en los últimos años, el cambio de régimen se retrasa, cada día más, y no sabemos hasta cuándo tendrá sentido continuar dicha faena integradora. ¿Debemos persistir? ¿Debemos entregarnos, sin culpa, a un nuevo ciclo de fragmentación? No lo sé.

Víctor Batista

Te refieres, por supuesto, a la división política que ha impedido la libre circulación entre la Isla y el exilio. Pero este «esquema de la nación dividida» es un esquema artificial, impuesto políticamente, y no tiene por qué incidir en la elaboración de una literatura y un pensamiento genuinamente nacionales. Ahora, hay que reconocer que la situación de Cuba ha ido cambiando lentamente, y hacer una distinción entre las publicaciones actuales —como *Encuentro*, que cuenta con colaboraciones de Cuba—, y las de antes de los 90, cuando era impensable o muy excepcional que en una revista del exilio colaboraran desde la Isla. Por otra parte, el proceso continúa y el exilio adquiere mayor protagonismo. El futuro dirá cuál de las dos vertientes de esta nación separada aportará más a una literatura y un pensamiento genuinamente nacionales.

Belkis Cuza Malé

Yo no sé, a mí no me interesan demasiado los nacionalismos. Soy cubana y *Linden Lane Magazine* es cubana, pero eso es todo. La literatura es siempre

universal, es decir, humana. Y muchos escritores cubanos escriben ahora en inglés y desconocen lo que ahora se hace en Cuba; por tanto, no creo que podamos hablar de un pensamiento genuinamente nacional. Tras veintiséis años en Estados Unidos, yo tampoco sé mucho de lo que hacen en la Isla, aunque siguen interesándome las gentes de mi generación que se quedaron atrapados allá. Un caso extraordinario es el de Tania Díaz Castro, y —ya fuera de la Isla— el de Raúl Rivero. Grandes escritores que trascienden por encima del contexto. Aquí y allá lo que cuenta es la calidad literaria. Y no sé por qué, pero casi todos los escritores oficiales son los peores. La tiranía no prohija buenos escritores. Pero no podría hablar de definiciones, esas se las dejo a los teóricos.



En el jardín.
Óleo sobre lienzo, 69,8 x 59,6 cm., 1993.
Colección familia Callava-Lobé.